

## Territorios de misión

MANUEL DE UNCITI

**E**l propósito de liberar a los hombres ha presidido toda la actividad misionera de la Iglesia Católica desde la segunda mitad del siglo XIX hasta esta hora. Hay que distinguir, sin embargo, dos fases o etapas en dicha actuación. En la primera, la atención de misioneros y misioneras se centra en la liberación de tres grandes plagas que, desde tiempos atrás, azotan a los pueblos que hoy comprendemos bajo la denominación de "Tercer Mundo": el hambre, la enfermedad, el analfabetismo; en la segunda se suma a esta liberación otra, más radical, que bien puede calificarse de liberación socio-política. Esta segunda fase ni pone fin a la anterior y ni siquiera rebaja o disminuye la importancia de la primera. Se compaginan ambas a dos; y es preciso subrayar este doble y complementario programa porque atañe a un dato fundamental del cristianismo, el de la irrepetibilidad y dignidad de cada ser humano frente a las pretensiones marxistas del "hombre genérico" o frente a las tentaciones, ingenuas y pseudocósmicas, del reencarnacionismo.

*Primera fase.* La fase primera —que todavía hoy se mantiene y con extraordinaria expresión en los 950 "territorios de misión" de África, Asia,

Oceanía y, al menos parcialmente, de Latinoamérica— justifica cumplidamente que Pablo VI, en la encíclica "Populorum Progressio" del 26 de marzo de 1967, se atreviera a calificar a los misioneros de "pioneros del desarrollo de los pueblos". Los datos estadísticos referentes a las instituciones educativas y benéfico-asistenciales de la Iglesia en las misiones, a lo largo de los más de 150 últimos años, lo demuestran a plena satisfacción. Y también hoy. Hijos de su tiempo, los misioneros trataron de remedar entre los pueblos que evangelizaban la lucha contra la pobreza y la incultura que, en Europa, ocupaba un primer puesto de la actualidad. El pontificado del Papa Gregorio XVI (1831-1846) inicia la época "moderna" de la actividad misionera. Tras la gran convulsión napoleónica, que con el Papa desterrado y prisionero había

dado al traste con la administración central de la Santa Sede, se inauguran unos tiempos nuevos para la evangelización de las tierras que las metrópolis europeas van descubriendo y colonizando o sometiendo a su poder. Gregorio XVI se apresura a restablecer el dicasterio romano de las misiones. Logra que la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, establecida en el lejano 1622, vuelva a tomar posesión de los bienes inmo-

**«Los 950 "territorios de misión" de África, Asia, Oceanía y, al menos parcialmente, de Latinoamérica, justifican cumplidamente que Pablo VI, en la encíclica "Populorum Progressio", se atreviera a calificar a los misioneros de "pioneros del desarrollo de los pueblos.»**



liarios y financieros que Napoleón le había arrebatado. Consigue de París que retorne a Roma la histórica y famosa "Polyglotta" de la Congregación misionera cuyas prensas se honraban con la edición de libros religiosos en los más variados idiomas de todo el mundo, incluidos el chino y el vietnamita. Y, sobre todo, impulsa el dinamismo misionero de las nuevas congregaciones religiosas que comienzan a

brotar, en reacción a los aires de la Revolución francesa, en casi toda Europa. Son congregaciones dedicadas, en su mayor parte, a las tareas educativas y asistenciales. Abrirán escuelas, dispensarios y hospitales en los "territorios de misión". Europa colonializa; los misioneros, protegidos por los poderes coloniales, civilizan y promueven lo que, andando el tiempo, se conocerá como desarrollo de los pueblos.

Este cometido civilizador o desarrollista necesita de cuantiosos recursos económicos. Las nuevas —y las antiguas— congregaciones religiosas reclaman de sus allegados y adictos las ayudas que sus exponentes misioneros solicitan a voz en grito para "rescatar" a los niños condenados a morir de hambre y por abandono de sus padres, para educar académicamente a sus pequeños alumnos, para curar sus cuerpos en improvisados dispensarios y hospitales, para renovar unas agriculturas primitivas. Los católicos europeos se movilizan y responden con generosidad, muchas veces espoleados en sus propósitos por la generosidad de que hacen gala las Iglesias protestantes de Gran Bretaña, Alemania, Holanda. De entre 250 a 350 "asociaciones" católicas intentan encauzar la respuesta caritativa de las Iglesias europeas...

Tres de entre ellas van a llegar hasta los días de hoy. En 1822, una señorita francesa, de Lyon, Paulina Jaricot, crea la denominada "Obra Misional de la Propagación de la Fe" para acudir

**«Este cometido civilizador o desarrollista necesita de cuantiosos recursos económicos. Las nuevas —y las antiguas— congregaciones religiosas reclaman de sus allegados y adictos las ayudas que sus exponentes misioneros solicitan a voz en grito.»**



en ayuda de la evangelización en todas las entonces llamadas "lejanas tierras" de África, Asia, Oceanía. Un obispo, igualmente francés, monseñor Forbin Janson, pone en movimiento la "Obra Misional de la Santa Infancia" con el preciso objetivo de "rescatar" a los "chinitos" y educar en la fe y en las letras a los niños de las misiones. Estefanía Cottín de Bigar y su hija Juana Bigar algo más tarde, en 1889,

afrontan la tarea de recabar limosnas para la creación y el sostenimiento de seminarios en los "territorios de misión"... El pueblo cristiano acoge entusiasta estas iniciativas y, al cumplirse el primer centenario de la fundación de la primera y más importante de todas ellas, la de Paulina Jaricot, la Santa Sede —que siempre les había mostrado su benevolencia— pasa a hacerlas suyas propias, a honrarlas con el título de "pontificias" y a proponerlas como los cauces "oficiales" por los que debe discurrir la caridad de todos los católicos del mundo con preferencia a cualesquiera otras instituciones de ayuda a la evangelización. El *motu proprio* "Romanorum Pontificum", dado por Pío XI —que acuñó las monedas de su pontificado con el título de "Papa de las misiones"—, requiere de todas las diócesis católicas que establezcan estas tres Obras Misionales Pontificias. En la actualidad lo están ya en más de cien países...

Fue ésta de 1922 una decisión de estraordinaria transcendencia para la evangelización. La particular solicitud de la Santa Sede para con estas tres Obras se debió, sin duda, a que todas las tres se presentaban con el marchamo de la más amplia y radical universalidad. Otras iniciativas surgían para apoyar la actividad misionera de tal o cual congregación o para atender a las misiones de esta u otra nación. Las iniciativas de la señorita Jaricot, del obispo Forbin Janson y de la familia Bigar miraban a ayudar a todas las misiones en todos los cuatro

continentes en los que la evangelización tenía que llevarse a cabo.

La universalidad del destino de las ayudas permitía la creación de "un fondo de solidaridad" internacional con las aportaciones de los católicos de todos los países. Todos los responsables de los "territorios de misión" podían presentar sus demandas, suficientemente justificadas, a los responsables de la administración de dicho fondo. Estudiadas aquéllas y vistos los recursos disponibles en cada ejercicio, se procedería a la distribución de los subsidios con criterios de equidad y de modo y manera que ni un solo "territorio de misión" se quedara al margen de esta caridad de toda la Iglesia.

En la distribución de los subsidios se atiende, antes que nada, a respaldar la vida diaria de todas las misiones. Los subsidios fijados para "el pan de cada día" se clasifican de "ordinarios" y tienen en cuenta el volumen de la comunidad cristiana, la progresión de los catecúmenos, el número de los misioneros y misioneras, el conjunto de las instituciones de educación, asistencia y beneficencia. Hay, además, otros subsidios, denominados "extraordinarios". Con éstos se atiende a los "territorios de misión" en el momento en que inician la andadura evangelizadora, acceden a la condición de diócesis, deciden crear su propio seminario o abrir un noviciado;... Para las eventualidades que puedan sufrir algunos "territorios de misión" —un cataclismo natural, una guerra civil, la llegada masiva de refugiados...— se dispone de unos "subsidios para emergencias". Anualmente se hace público un grueso tomo con la enumeración detallada de todas las misiones beneficiarias, el montante de la ayuda asignada a cada una de ellas y el objetivo preciso de destino para el que se ha solicitado la aportación. Las Nunciaturas Apostólicas se encargan de hacer llegar a cada obispo los subsidios que

**«La universalidad del destino de las ayudas permitía la creación de "un fondo de solidaridad" internacional con las aportaciones de los católicos de todos los países.»**

le han sido facilitados.

Estas ayudas, que podrían decirse "oficiales", se ven incrementadas en muchos tantos por las que remiten las congregaciones religiosas a sus propios misioneros y misioneras. No es fácil conocer con exactitud el volumen concreto de estas ayudas, dada la pluralidad de las congregaciones religiosas la diversidad de sus fuentes de financiación, la falta — en línea de principio— de un único fondo internacional de ayuda a sus propios misioneros y misioneras por cuanto éstas y éstos trabajan en territorios confiados a las diversas "provincias religiosas" más que a la congregación en cuanto tal... Los datos, muy parciales, de que se dispone, permiten conjeturar que estas ayudas congregacionales duplican o casi duplican las ayudas "oficiales".

Hay que añadir, además, que sobre todo desde hace veinte o veinticinco años, las "Organizaciones No-Gubernamentales" (ONG) están respaldando con gran decisión el trabajo de la Iglesia en las misiones. Muchas de estas beneméritas ONG tienen carácter confesional-católico; otras muchas son "laicas" o "aconfesionales" o se presentan como tales por razones diversas. Es casi imposible saber el volumen de las ayudas que remiten a los "territorios de misión"; pero no cabe duda alguna de que sus aportaciones van incrementándose de año en año. Su intervención en la marcha de las misiones, particularmente en la promoción de proyectos para el desarrollo de los pueblos, está comenzando a ser importante, aunque a veces se advierte una

lamentable dispersión de esfuerzos y un cierto "patrioterismo" o "nacionalismo" a tenor del cual se atienden proyectos llevados adelante por misioneros de su propia nacionalidad y se dejan marginados otros de nacionalidad distinta.

El progreso de las misiones en el último siglo y medio no

habría sido posible sin esta "retaguardia" que proporciona los recursos económicos necesarios. Pero, aun siendo importantísima esta contribución material, lo es mucho más su contribución espiritual. Las Obras Misionales Pontificias, las iniciativas promovidas por las congregaciones religiosas y los impulsos de última hora de las ONG, han promovido en todo el mundo occidental un clima-ambiente de solidaridad mundial para con el hoy llamado "Tercer mundo". Las organizaciones católicas misionales han traducido esa solidaridad en la promoción de las vocaciones misioneras. La entrega personal de por vida —o por unos cuantos años— a la liberación de los pueblos, ha estado siempre en el punto de mira de la propaganda de tales organizaciones. La evangelización, entendida ésta como la proposición del Evangelio liberador de Jesús de Nazaret a todos los hombres, ha comportado siempre un amplísimo ejercicio de la caridad para con los más pobres de la tierra. Para los misioneros y misioneras ha sido norma levantar una escuela o un dispensario en la misma hora en que comenzaban a edificar una capilla; y, a veces, la construcción de un hospital, una maternidad o un orfanato, ha precedido a la edificación de un templo. Muy en línea con las ideas dominantes en la Europa del siglo XIX y de buena parte del XX, la educación y la sanidad aparecían como las primeras y mayores contribuciones para el bien de los pueblos. Es lógico, y natural, y puesto en razón, que los misioneros y misioneras hayan "aprovechado" sus instituciones educativas y asistenciales-benéficas para ofertar a sus alumnos y beneficiados el Evangelio de Cristo; pero es justo resaltar que esta caridad o solidaridad de los misioneros y misioneras no ha hecho nunca —salvo demostración en contrario de algún que otro caso— discriminación entre

**«En la distribución de los subsidios se atiende, antes que nada, a respaldar la vida diaria de todas las misiones; se tiene en cuenta el volumen de la comunidad cristiana, la progresión de los catecúmenos, el número de los misioneros y misioneras.»**

católicos y no-católicos. Las puertas de las instituciones de la Iglesia misionera han estado siempre abiertas a quienes tenían necesidad de un catón o de una medicina. Convendrá decir también a todo este respecto que la organización de toda esta "retaguardia" misional no sólo ha sido fecunda en punto a la creación de un impulso de solidaridad internacional, sino también en cuanto a la lucha contra el "racismo" cultural. La Europa del siglo XIX, esa Europa que conoce una gran expansión colonial y que, por ello,

facilita la expansión evangelizadora de la Iglesia, es una Europa satisfecha de sus conquistas territoriales, industriales, técnicas, culturales. "El sol brilla en todas partes", se dejó decir un intelectual francés, "pero en Europa más que en ninguna otra". Los misioneros y misioneras, hijos de su tiempo europeo, no supieron siempre resistir a la atención de considerar la cultura de

Occidente por encima de las culturas de los pueblos que evangelizaban. Y en más de una ocasión correspondieron a los favores que recibían de las metrópolis colonizadoras y colonialistas con el apoyo que pudieron prestar a los ejércitos coloniales y a las gestiones de los diplomáticos europeos. La Santa Sede, sobre todo por las intervenciones de Benedicto XV (1914-1922) y de Pío XI (1922-1939), trató de corregir este injusto y peligroso enfeudamiento de la acción misionera a los intereses de las colonias. Sus encíclicas "Máximum illud" (1918) y "Rerum Ecclesiae" (1926) denunciaron con inusitado vigor estos torpes comportamientos.

Encontraron en la promoción de los obispos y sacerdotes nativos el mejor antídoto contra este larvado "racismo". Contaron para ello con la ya mentada Obra Misional de San Pedro Apóstol en favor de los seminarios de las misiones. Esta Obra hizo posible la creación de

seminarios en los "territorios de misión" en los que la Iglesia iba enraizándose. La "faena" fue cualquier cosa menos fácil. Las dos mujeres fundadoras de la Obra tuvieron que emplearse a fondo para demoler los muchos prejuicios que se alimentaban en Europa, incluso en los ambientes más católicos, sobre la capacidad de los "bárbaros indígenas" para acceder "a la sublime dignidad del ministerio sacerdotal", según expresión muy de la época. Estos prejuicios —que ya habían aflorado por desgracia en las misiones españolas en Indias a lo largo de los siglos xvi y xvii y que habían torpedeado la acción evangelizadora en Asia por esos mismos tiempos— persistían aún a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Al constante magisterio de la Santa Sede y a la permanente acción de las señoras Bigar les corresponde el honor de haber combatido, con palabras y hechos, este "racismo" que quedaría encubrirse de razones religiosas y culturales. Al presente, los seminarios de las misiones alcanzan ya el número de 878 con un total de 89.000 seminaristas y novicios. Los sacerdotes nativos son unos 50.000 y la casi totalidad de los obispos de los "territorios de misión" son hijos de sus propios pueblos. Su número, entre residenciales, auxiliares y dimisionarios, se eleva a 1.140.

De los seminarios de las misiones han salido, además, muchos de los líderes políticos y numerosos administrativos de los "territorios de misión". Ha sido éste un logro que no entraba, de por sí, en los objetivos de los centros de formación sacerdotal; pero que ha presentado —y sigue representando— una importante contribución al desarrollo de los pueblos. Al igual que ocurría en los seminarios españoles en los años 40,50 y 60, también ahora en los seminarios de las misiones sobre un 80 por ciento de los alumnos optan por abandonar a

**«El progreso de las misiones en el último siglo y medio no habría sido posible sin esta "retaguardia" que proporciona los recursos económicos necesarios.»**



medio camino la formación al ministerio sacerdotal; y es lógico que, en principio, aspiren a servir a sus sociedades desde la Administración Pública, el magisterio, el periodismo o la política.

*Segunda fase.* La segunda fase del impulso liberador —

la que incide en el cambio de las injustas estructuras sociales, políticas, económicas y culturales— llega a los "territorios de misión" de África y Asia con bastantes años de retraso en relación a lo ocurrido en Latinoamérica. El hecho, aunque lamentable, es explicable: durante los tiempos del colonialismo europeo, los misioneros, en su mayoría europeos, no osaban levantar su voz contra las arbitrariedades y abusos de los colonizadores. La historia de las misiones recoge algunas excepciones, poco numerosas, a esta generalización. Los misioneros entendían que la presencia colonial europea resultaba, al fin de cuentas, beneficiosa para unos pueblos sumidos en el subdesarrollo. Veían, además, en el poder colonial una garantía para sus actividades evangelizadoras. Sabían por propia experiencia que los ejércitos de las metrópolis europeas, aun cuando en el viejo continente se mostraran anticlericales y aun anticristianos, en los "territorios de las colonias" estaban siempre prestos a defender a los misioneros y hasta a proceder a acciones de castigo contra las poblaciones o las autoridades indígenas cuando éstas se oponían violentamente contra la propagación de la fe cristiana. La presencia francesa en Indochina, valga por caso, tomó pie en una persecución anticristiana para implantarse en los reinos de Tonkín, Conchin-china y Anam hasta reducirlos a la condición de colonias. Los tristemente famosos "tratados desiguales" de las potencias europeas con China, tenían un trasfondo de protección y defensa de los misioneros y de los nuevos cristianos... Podrían multiplicarse los ejemplos a lo largo y ancho de toda la geografía de las misiones.

Se comprende, así las cosas, aunque no se justifique, que los misioneros no levantaran su denuncia profética contra las potencias coloniales. Este silencio, cómplice bajo algún aspecto, creó una tradición en los "territorios de misión". Cuando, a partir del fin de la II Guerra Mundial, las colonias en Asia y África comenzaron a acceder a la independencia nacional, la Iglesia de aquellos territorios, puesta en manos de obispos nativos poco tiempo antes o poco tiempo después de que el proceso de la descolonización alcanzara a implantarse, era una Iglesia no habituada a defender al pueblo frente a los abusos del poder. Los obispos indígenas prolongaban el estilo evasivista de sus predecesores extranjeros. Más aún: muchos de los nuevos Estados, particularmente entre los africanos, optaron por el modelo marxista o coquetearon con las potencias del Este europeo. Otros, a comenzar por India, se situaron entre los no-alineados, opción que frecuentemente sirvió para esconder veleidades marxistoides. Este nuevo escenario ideológico-político ocasionó un nuevo silencio entre los responsables de las Iglesias de las misiones...

Las Iglesias latinoamericanas, para las que ya quedaba lejos en la historia el proceso descolonizador de los Estados en que se ubicaban, fueron las primeras —al filo del Vaticano II— en redescubrir la veta liberadora del Evangelio en el campo de las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales. Muchos de los males que aquejaban a las naciones latinoamericanas procedían de su dependencia respecto al mundo occidental, encarnado o representado a los ojos de muchos por los Estados Unidos de América. Frente a la dependencia, la opción puesta en *razón* no podía ser otra que la liberación. Surgió de este modo la denominada "Teología de la liberación". Las Iglesias misioneras de Asia y de África tardarían en entrar

en el juego, pero a ningún observador se le ocultaba que, antes o después, el impulso liberacionista de las Iglesias latinoamericanas llegaría a otras Iglesias más jóvenes y menos radicadas, como las asiáticas y africanas. Los años finales de la década de los 70 y toda la década de los 80 fueron testigos de la difusión de los principios liberacionistas entre las Iglesias de África y Asia, aun cuando tales principios se tradujeron, a veces, en teologías de diversa titulación, como la conocida en Corea del Sur por "Teología de la fealdad". La fuerza, todavía incipiente, de este proceso puede advertirse en los ya muy numerosos textos colectivos de los episcopados nacionales de los "territorios de misión". La "Literatura" a este respecto va siendo ya muy abundante, sobre todo en los episcopados africanos. En Asia, como es natural, destacan sobre este particular las Iglesias de Filipinas, seguidas muy de cerca por las de Corea del Sur. En las Iglesias de India comienza a actuarse esta clave liberacionista en relación con los *dalits* o "intocables" y también con la condición de las mujeres.

El precio que están pagando las misiones por esta opción liberacionista no es pequeño: desde hace unos diez años a esta parte, dos misioneros o misioneras caen muertos violentamente cada mes. A los que habría que sumar, indudablemente, un número mucho más elevado de catequistas y líderes de las comunidades cristianas que pagan con el precio de sus vidas el compromiso en favor de la justicia nacido de la fe. Son los nuevos "mártires" de las nuevas Iglesias. Sus nombres comienzan a ser elencados en originales "martirologios".

**«Los misioneros y misioneras, hijos de su tiempo europeo, no supieron siempre resistir a la tentación de considerar la cultura de Occidente por encima de las culturas de los pueblos que evangelizaban.»**

En el Decreto conciliar "Ad gentes" sobre la actividad misionera de la Iglesia se contiene un párrafo que bien puede presentarse como la norma o regla de la doble y complementaria liberación que realizan los misioneros y misioneras. Dice así:



"Como esta misión (de la en el curso de la historia la misión del propio Cristo — que fue enviado a evangelizar a los pobres—, la Iglesia... debe avanzar por el mismo camino por el que avanzó Cristo, esto es, el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo hasta la muerte...

Pues así caminaron en la esperanza todos los apóstoles que, con múltiples tribulaciones y sufrimientos, completaron lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia. Además, muchas veces fue también semilla la sangre de los cristianos". Los dramáticos acontecimientos que están teniendo lugar en Ruanda y en Burundi han traído a las primeras páginas de la actualidad a los misioneros y misioneras en esos dos países africanos y, por extensión, a todos los misioneros y misioneras católicos en el Tercer Mundo. Su número se eleva a unos 200.000, una cuarta parte sacerdotes y tres

**«La segunda fase del impulso liberador llega a los "territorios de misión" de África y Asia con bastantes años de retraso en relación a lo ocurrido en Latinoamérica.»**



Iglesia) continúa y desarrolla cuartas partes religiosas misioneras. La opinión pública se ha conmovido profundamente por el "heroísmo" anónimo de estos hombres y mujeres cristianos, cuya "vida y milagros" — según su propio testimonio— sólo es explicable desde la fe. Esta fe—conviene

subrayarlo— que compromete al hombre en su integridad y se dirige a todo hombre, igualmente en su integridad. De aquí que las dos fases liberacionistas se sustenten en una base común: la evangelización integral que mira a romper las cadenas de toda esclavitud, sean éstas morales, espirituales, culturales, económicas, sociales o políticas.

---

Manuel de Unciti es Secretario General de Misiones.